

La empatía de Edith Stein. Una forma de atención al otro

EZEQUIEL GARCÍA (BURGOS)

I.- LA PERSONA, ABIERTA A SÍ MISMA Y A LOS OTROS

Si algo dignifica al ser humano es su condición de persona, lo que le dota de esa capacidad para acercarse a su semejante, al otro, de entablar relaciones, de establecer diferentes esferas sociales, ámbitos de comunidad, de compartir experiencias, de colaborar en la construcción del mundo, de intercambiar puntos de vista, de coincidir en múltiples apreciaciones, de sentirse heredero de un patrimonio común...

Decir persona es decir relación, capacidad de conectar con los otros. Por naturaleza estamos orientados hacia las otras personas; y no solamente para conocerlas, sino para acceder a un grado más: a la comprensión de las mismas. Por contra, se requiere un esfuerzo añadido la pretensión de cerrarnos, de parapetarnos en nosotros mismos. No somos mónadas sin ventanas. Estamos hechos para prestar atención a los demás.

Escribe Edith Stein en un estudio de antropología: *La existencia del hombre está abierta hacia dentro, es una existencia 'abierta para sí misma', pero precisamente por eso está también abierta 'hacia fuera' y es una 'existencia abierta' que puede contener en sí un mundo.* Y en ese mundo los integrantes más significativos son las otras personas.

En coherencia con su método de trabajo, a la hora de acceder a la persona humana Edith Stein establece dos caminos: “El de la *experiencia de sí mismo* y el de la *experiencia del otro*”; aunque resulte que a la postre ambas experiencias han de hacerse presentes para el fin que persigue, dando lugar a esa vivencia peculiar que la autora denomina ‘empatía’.

Percibimos a los sujetos ajenos de manera inmediata como una cosa que está ahí físicamente, pero a la vez como un todo, como una persona. Estamos ante una percepción *transcendente*, en la que uniendo componentes diversos (vivencias puntuales) se obtiene una percepción del conjunto, del otro. Advertimos que no es una imagen o un maniquí; no estamos ante simples objetos, sino ante sujetos con vida propia; dotados de espíritu que los alienta.

Lo primero que nos aparece es el cuerpo físico como mera cosa, vacío, y que en sucesivos pasos perceptivos habrá de irse rellenando, advirtiendo las cualidades que se nos ofrecen. Deja de ser una cosa física sin más porque percibimos que sus movimientos no proceden de impulsos exteriores (causales), sino que se inician *por sí mismos*,

desde el interior; hasta confesar que estamos ante “*un cuerpo animado, que posee un centro vital activo*”. Este proceso lleva el nombre de empatía.

II.- LA EMPATÍA COMO DARSE CUENTA DE LO QUE VIVE EL OTRO; PRESTAR ATENCIÓN

La empatía viene a ser la experiencia por parte de una persona de las vivencias de otra (extraña). El planteamiento steiniano responde a la necesidad de aclarar cómo es posible un mundo intersubjetivo, un universo donde nos podamos entender, conocer y comprender los seres humanos.

Edith Stein, fiel a la metodología fenomenológica, se detiene en analizar el acto de la empatía, su esencia; y nos ofrece un ejemplo demostrativo como punto de partida: *Un amigo viene a mí y me cuenta que ha perdido a su hermano, yo me doy cuenta de su dolor. ¿Qué es este darse cuenta? ¿En qué se basa, de dónde percibo el dolor?*. El amigo no dice que le duele algo. De entrada ha de quedar claro que en todo acto de empatía se requiere la presencia de dos sujetos humanos, dos personas: yo y otro sujeto frente a mí, en este caso mi amigo. (No cabe la empatía entre una persona y su mascota, por ejemplo). El puente que los une, la experiencia empática, discurre sobre las expresiones sensitivas del uno percibidas por el otro, hasta captar la vivencia de ese otro. La empatía en resumen es ‘mi experiencia de las vivencias del otro’; pues bien, ella quiere aclarar qué es lo que caracteriza esta comunicación intersubjetiva, y que denomina la esencia de la empatía.

La empatía en la concepción steiniana es formalmente la experiencia no originaria (de mi parte) de una vivencia originaria (por parte de otro); en otras palabras: es la experiencia por la que un sujeto hace suyo lo que vive otro sujeto.

A modo de resumen y de manera esquemática, la empatía steiniana viene a ser ‘mi experiencia de sujetos extraños con sus vivencias’. Resolver con claridad esta cuestión supone para Edith Stein sentar las bases de cualquier otro desarrollo epistemológico, de tal manera que quien no tenga en cuenta este mecanismo cognoscitivo, manifestará una carencia elemental a la hora de acercarse a las personas; no está en la mejor condición para prestar atención a lo que vive en prójimo; es decir, tiene sus facultades intelectivas mermadas.

La autora recurre a un ejemplo bien plástico: *Quien no ve en la piel de gallina de otro o de su nariz amoratada que tiene frío, sino que primero debe hacer una reflexión de que el malestar que siente es ciertamente escalofrío, debe sufrir una extraordinaria anomalía de aprehensión.*

La fenomenóloga remarca que los sujetos propios de todo acto empático son las personas humanas; sólo por analogía un tanto forzada, cabría extender a otros ámbitos la citada experiencia.

III.-A PARTIR DE EXPRESIONES SENSITIVAS

Las personas nos comunicamos por medio de expresiones sensitivas (corporales); poniendo a trabajar los sentidos (vista, oído, lengua, palpar...)

La cuestión que se plantea es la de cómo llego yo a deducir la existencia de una vitalidad en el cuerpo ajeno, dado que yo no veo ni oigo el impulso interior en el otro. ¿Cuál es el proceso a seguir que evite afirmaciones arriesgadas o fundadas en prejuicios? ¿Dónde situar la garantía que respalde el conocimiento del otro cual sujeto psico-físico? Se trata de topar con el mecanismo que permite aprehender el cuerpo ajeno como cuerpo vivo, y no como mero cuerpo físico.

La respuesta no puede estar más que en mí, en la conciencia de mí, en la experiencia inmediata que poseo de mí. Se trata de asumir la unidad de movimiento advertido tanto externamente como desde el interior. En *mi* experiencia de mi cuerpo soy consciente de la concomitancia existente entre mi provocación (impulso interior) del movimiento y la correspondiente ejecución corporal (exterior). Esta vivencia en mí es la que sirve de puente para percibir a partir de los movimientos corporales ajenos la presencia de una actividad interior. En algunos momentos la autora recurre a la *analogía* personal cual salvoconducto de *mi* experiencia de las vivencias del *otro*.

Estamos aquí muy cerca de lo que se viene llamando un *acto de fe*, consistente en *suponer* que hay una estructura compartida de manera natural y constante por todos los seres humanos (algo así como una especie de *sujeto trascendental*). En otras palabras: asumimos la convicción de que lo que acontece en mí se repite en mis semejantes. Esta condición sustenta en buena medida el proceder empático; es “*el realce de lo típicamente común en el movimiento ajeno y en el movimiento propio, que hace que aquél aparezca como un análogo de éste y que permite que sea comprensible la co-aprehensión de una ‘complementación interna’ análoga*”. La aplicación del grado máximo de la analogía me lleva a atribuir al sujeto psíquico que tengo delante el estar dotado también de un *yo* con su *conciencia*.

La existencia de un sujeto personal ajeno es co-percibida en mí (llegará a decir ‘intuida’) a partir ciertas manifestaciones sensoriales con capacidad para *expresarla*.

IV.- EL ROSTRO, LUGAR PREFERENTE DE LA EMPATÍA, DE LA ATENCIÓN DEL OTRO

El interior de la persona ajena, su mundo espiritual, se nos da y lo co-aprehendemos de manera privilegiada mediante el concurso de dos expresiones sensitivas en el ser humano: el mirar (los ojos) y el hablar (el lenguaje y la escucha).

Curiosamente ambas hallan su sede en el rostro, la parte más elevada, visible y expresiva del cuerpo, y que se suele llevar descubierta, expuesta a los otros. Llevar el rostro oculto, supone una barrera para darse cuenta, para prestar atención a lo que vive ese sujeto; no sabemos a quién tenemos enfrente; es un privar a los demás de riquezas que dicho sujeto es capaz de transmitir. Con ello se está mermando el desarrollo humano (en cuanto persona), por cuanto que se está limitando la comunicación mediante la expresividad patente en todo rostro. Para identificarnos se nos pide el DNI que contiene una foto de la cara (no de los pies). Un gesto que honra: dar la cara. Jesucristo es el rostro misericordioso de Dios-Padre (Papa Francisco).

El valor de un texto bíblico referido a los cristianos: *Y nosotros, que llevamos toda la cara descubierta y reflejamos la gloria del Señor, nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente; tal es el influjo del Espíritu del Señor* (2 Co 3, 17-18). Los otros pueden ver nuestro rostro y a la vez la gloria de Dios. Sobre esta vinculación humana y divina se asiente el valor del testimonio: contemplando la acción del hombre se advierte a la par la presencia de algo diferente y sublime: la fuerza de Dios.

V.- LOS OJOS (LA MIRADA)

Importancia de la mirada para acceder al interior de las personas. Empatía mediante la mirada. ¿Qué veo cuando miro a los ojos de otra persona?. Nos situamos aquí en esa *percepción trascendente* que capta más de lo estrictamente dado. Son datos de índole diversa que proceden de una determinada profundidad (individualidad). Como aclaración nos brinda la siguiente consideración: *Cuando yo miro a los ojos a una persona, veo en ellos –por decirlo así– su ser un ‘yo’ [un alguien y no un algo]; desde la dirección de la mirada se está expresando el estar orientado por el espíritu... Y eso lo hago ‘inmediatamente’, es decir, en la sencilla realización de la percepción unitaria de la persona ajena, no como resultado de un proceso deductivo... Yo veo también el grado de su estar despierto o de su tensión, veo en la continuidad de su mirada la continuidad de su estar orientado espiritualmente [intelectualmente], y en el errante vagar de la mirada veo el agitado vagar de un objeto a otro. Veo, además, toda la escala de los sentimientos, ira, gozo y tristeza, veo orgullo, bondad y nobleza de alma, y veo también el modo ‘totalmente personal’ con que esa persona es bondadosa y afectuosa o no es afable. La vitalidad con la que toda esa vida espiritual me invade, no puede compararse en absoluto con la manera en que los estados sensoriales se convierten para mí*

en dación. Así pues, co-apreho la vida *espiritual* de otro (original en él) a partir de ciertas manifestaciones sensibles de su cuerpo vivo que me alcanzan

Un texto bíblico nos sirve de base para aplicar el ejercicio empático a la transmisión de la fe de unos a otros, para lo que se ha de recurrir a la mediación de las expresiones sensoriales (al cuerpo): *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo* (1 Jn 1, 1-4).

Ciertamente los ojos dicen mucho de la persona. Es una fuente de información privilegiada acerca del estado físico, anímico y espiritual de nuestros semejantes. De ello fue consciente Edith Stein, y curiosamente, entre los rasgos que cita en las descripciones de los conocidos, no falta la mención a los ojos, a la mirada.

Para quien sabe mirar a los otros, con el color, forma, brillo, medidas... de sus ojos, se le dan a entender a la vez riquezas interiores de hondo calado, tales como el grado de libertad, de satisfacción, *de desasosiego*, de apertura, etc., de que goza dicha persona. Así nos lo trasmite en su tratado antropológico: *Cuando miro a un hombre a los ojos, su mirada me responde. Me deja penetrar en su interior, o bien me rechaza. Es señor de su alma, y puede abrir y cerrar sus puertas. Puede salir de sí mismo y entrar en las cosas. Cuando dos hombres se miran, están frente a frente un yo y otro yo. Puede tratarse de un encuentro a la puerta o de un encuentro en el interior. Si se trata de un encuentro en el interior, el otro yo es un tú. La mirada del hombre habla. Un 'yo dueño de sí mismo y despierto' me mira desde esos ojos. Solemos decir también: una 'persona libre y espiritual'. Basta ver cómo se miran dos enamorados, cómo se atienden uno al otro; o las miradas que se intercambian una madre y el hijo pequeño. ¡Lo que cautiva una mirada!*